

BULIMIA

pieza teatral en un acto, de Leo Maslíah

personajes: Arón, marido de Nora
Nora, esposa de Arón
Róbert, repartidor de pizza
Trébor, hijo de Nora y Arón
Atlas, esposo de Salta
Salta, mujer de Atlas
Dios, deidad judeo–cristiana

La acción transcurre en un ambiente de la casa de Nora y Arón.

Estrenada el 23 de setiembre del 2000 en el teatro de AGADU (Montevideo)
con dirección del autor y el siguiente reparto:

Arón: Daniel Hendler
Nora: Leonor Svarcas
Róbert: Andrés Gallo
Trébor: Ignacio Errandonea
Atlas: Esteban Lago
Salta: Fernanda Fraga
Dios: Himself

(Está Arón. Entra Nora)

Nora –Arón, ¿sabés lo que venía pensando? Que saliéramos a cenar afuera.

Arón –¿En el balcón, decís?

Nora –En un restorán, idiota. No me hagas gastar palabras de más. Hoy tuve que dar dieciocho horas de clase, porque faltaron tres de mis compañeros.

Arón –¿Y te van a pagar las horas extra?

Nora –Ellos me cubrieron cuando vos estabas enfermo, ¿te acordás? La época en que te agarraban esos vómitos, y que yo me tenía que cambiar de ropa a cada rato.

Arón –Sí, y a mí no me cambiabas. Me dejabas así.

Nora –Porque si te cambiaba vomitabas más. El médico me había dicho que era todo un mecanismo tuyo para llamar la atención. Se curaba con indiferencia.

Arón –A ese médico lo echaron, de la mutualista, después. No sé si te acordás.

Nora –Sí, pero no fue por eso. Fue por reducción de personal.

Arón –Sí, el personal fue reducido en una unidad.

Nora –Y bueno. Qué te pasa. A vos te están por echar, también.

Arón –Si mi rendimiento no mejora, puede ser. Pienso que deberíamos economizar. No es momento para ir a cenar afuera.

Nora –Cuando tenías el restorán no me sacabas nunca, tampoco.

Arón –Y qué, ¿no te gustaba, comer en el restorán?

Nora –No es un buen programa, estar comiendo siempre lo que una cocinó.

Arón –A mí me gustaba. Claro que ahora jamás comería ninguna de esas cosas que hacías, porque estoy muy gordo (Arón, pese a estas palabras, se ve delgado).

Nora –Eso decís vos.

Arón –Qué. Qué digo.

Nora – Eso, que decías. Que estás gordo.

Arón – ¿Gordo? ¿Te parece?

Nora – No. Yo te veo bien.

Arón – Entonces para qué hablás.

Nora – ¡Pero eras vos, que estabas diciendo eso! Yo, por mí, iría a una parrillada. ¿No querés?

Arón – Noooo, Nora. Eso no es para mí. Yo tengo que bajar de peso.

Nora – Eso decís vos.

- Arón –Te agradezco el cumplido, pero no. No soy tan original como vos pensás. Mucha gente dice lo mismo que yo.
- Nora – Lo mismo no; la gente habla de otras cosas, habla de fútbol, o de política...
- Arón –No me cambies de tema. ¡Siempre hacés lo mismo! No te soporto. Cuando ves que no tenés la razón, cambiás el tema de conversación.
- Nora –Qué tema. Cuál es el tema.
- Arón –¿Ves? Otra vez hiciste lo mismo. Che, ¿dónde pusiste mis diuréticos? Los estuve buscando toda la mañana.
- Nora –Yo no toqué nada.
- Arón–¿Estás segura? ¿No será que los escondiste porque me querés hacer engordar? No me querés dejar eliminar el excedente de grasas.
- Nora –No, gordo, te juro que no.
- Arón –¿Y mis laxantes? Dónde están. Yo los había dejado sobre la mesa. Y ahora ni la mesa, está.
- Nora –La mesa la saqué porque el otro día la vomitaste toda, ¿no te acordás?
- Arón –Yo no vomito mesas. Vomito alimentos que ingerí por error, y cuya asimilación podría generar un aumento de peso totalmente inadmisible, que me llevaría a la necesidad de hacer mucho ejercicio, cosa para la cual no tengo tiempo y que además detesto. Cuando veo gente que sale a correr, por ejemplo, me dan muchas ganas de vomitar. Vos lo sabés.
- Nora –Sí, Arón, pero eso no es normal. Deberías consultar a algún especialista.
- Arón –Dejate de cosas. Yo sé lo que hago.
- Nora –Qué es lo que sabés, ¿que vomitás? Mucha gente lo sabe. Ese tipo de informaciones circula con rapidez. Cuando uno se entera, enseguida se lo dice a otro.
- Arón –Dejame en paz. Andá a corregir escritos.
- Nora –Los escritos no existen más. Los estudiantes de secundaria ya no saben escribir.
- Arón –Bueno, andá a corregir orales.
- Nora –Hablar no saben, tampoco. Ellos solamente se expresan por medio de eructos y pedos.
- Arón –Y bueno, tenés que tratar de adaptarte. El lenguaje no es algo fijo, estático. Va sufriendo mutaciones que tenés que asimilar. Un docente no sólo está para enseñar, sino también para aprender de sus alumnos.
- Nora –Yo ya aprendí. Si querés te hago una demostración.
- Arón –Bueno, pero ahora no. (Mira su reloj). Es hora de mis ejercicios vespertinos. (Empieza a correr en redondo por el escenario).

Nora –¡Qué estás haciendo! Dijiste que odiabas el ejercicio, y que te daba ganas de vomitar!

Arón –(Deteniéndose un momento para hablar). Sí, pero eso es bueno, ya que me permite perder peso no sólo con el ejercicio, sino también con el vómito. Me voy a correr al parque. Si viene el muchacho de la pizzería decíle que me arrepentí, que no quiero las pizzas. (Se va, corriendo).

Nora –Pero... (Al ver que Arón ya partió, se interrumpe. Recorre el lugar un poco erráticamente, hasta que saca de algún lugar unos paquetes de píldoras. Se sirve un vaso de agua y toma una. Después de asegurarse de haberla tragado, empieza a tratar de inducirse vómitos, hasta que lo consigue. En el suelo queda la muestra fehaciente de ello).

2

(Entra Róbert. Viste como repartidor de pizza, y trae cuatro cajas cuadradas como las que se usan para envasar pizzas circulares de tamaño familiar).

Róbert –Perdón, este...toqué timbre pero no me escuchaban, parece. Vengo de la pizzería. (Refiriéndose a las cajas) ¿Dónde las dejo?

Nora –Nosotros acá no pedimos nada.

Róbert –Una calabresa, una de jamón y morrón y una figazza. ¿No eran para acá?

Nora –No. Nosotros no pedimos nada de eso.

Róbert –¿Y no me las comprarían, igual? Porque si no, me las cobran a mí. Siempre me pasa lo mismo, siempre me tocan las llamadas truchas.

Nora –No. Lo lamento, pero acá no estamos interesados en comer pizza.

Róbert –Me las voy a tener que comer yo, entonces. Y eso que hoy ya me tuve que comer otras tres.

Nora –No te las comas en mi presencia, por favor. Es un espectáculo que me resultaría deplorable. Esas cosas me dan ganas de vomitar.

Róbert –Sí, yo también hago eso. Si no, ¿sabés cómo estaría, de gordo? Después que me como una pizza, yo la lanzo, siempre.

Nora –Vos...Ah, sí, ahora me acuerdo de dónde te conozco. Vos fuiste alumno mío en secundaria. Lo que pasa que ahora estás más gordo. O más flaco, no sé, pero estás distinto.

Róbert –Puede ser, no sé...

Nora –Sí, me acuerdo que vos eras el que siempre vomitaba todo el pupitre.

Róbert –Ah, sí, pero en esa época no repartía pizzas. Vomitaba por otras razones. Es que me daba asco lo que me enseñaban, ahí.

Nora –Ah, yo tenía que cumplir con los programas de los cursos. Si hubiera sido por mí, yo no habría enseñado eso, sino todo lo contrario.

Róbert –Ah, eso me interesa. ¿No das clases particulares?

Nora –Por qué, ¿no te recibiste, vos? ¿No terminaste tu carrera?

Róbert–Sí, claro, pero no me alcanza con eso. Quiero escuchar la otra campana, también.

Nora –Esa fue silenciada hace muchos años.

Róbert –Vos estás mal por alguna cosa, me parece. ¿Por qué no te comés un cacho de pizza?

Nora –No, no.

Róbert –No qué, ¿que no querés pizza, o que no estás mal?

Nora –Estoy bien. Andate.

Róbert –Pero profesora, yo... A mí me parece que usted está triste y... siento que está a punto de largar el moco.

Nora –Me interpretás mal, Róbert. No se trata de eso. (Experimenta una arcada). Disculpame un segundito (Se aparta un poco, y vomita).

Róbert –¡Profesora! ¡Por favor! ¿Qué está haciendo?

Nora –No es nada, Róbert, no te preocupes. Debe ser algo que comí.

Róbert –(Acercándose al vómito para verlo) Sí, claro. Pero no puedo identificar qué tipo de alimentos... (Descubre el otro charco de vómito) ¡Mirá, acá hay más! ¿Esto es tuyo, también?

Nora –(Limpiándose la boca con un pañuelo) No. Ya no.

Róbert –Esto no es normal, profesora. Usted debería analizar su conducta con un especialista.

Nora –¿Y vos? ¿No me dijiste que comías pizza y después la lanzabas?

Róbert –Sí, pero yo lo hago como medida higiénica. Soy una persona joven; no puedo permitir que mi estómago se arruine con toda esa chatarra.

Nora –Pero entonces por qué te la comés.

Róbert –Ya te dije: para conservar mi empleo.

Nora –Esas son excusas. Vos tenés un problema serio, Róbert. Sos bulímico y es imperativo que te hagas ver.

Róbert –No tengo ese tipo de perversiones. Prefiero vomitar en privado.

Nora –Cuando estabas en mi clase no eras tan cuidadoso.

Róbert –¡Pero después maduré, profesora! ¡Ya no soy ese adolescente imberbe que se presentaba a clase sin babero ni desodorante de ambientes!

Nora –Está bien, Róbert; no importa. De todos modos es tarde para reprimendas. Además estoy orgullosa de que finalmente hayas completado tus estudios y desempeñes una profesión honorable y útil

para la sociedad. Aunque te confieso que no le veo mucho futuro, porque la gente hoy en día es cada vez más consciente de lo que come, y está empezando a entender que tiene que sacarse del estómago toda esa basura, antes de que llegue al intestino para ser asimilada e integrada a una figura patética que uno va a tener después la vergüenza de arrastrar consigo toda la vida.

Róbert –¿Esa es tu preocupación? ¿Por eso estabas vomitando?

Nora –No, no es eso. Prefiero que te vayas, Róbert. Mi marido está por venir y yo tengo que prepararme para encararlo y hacerle una confesión muy grave, que no sé hasta qué punto afectará la relación que tenemos... Tengo que decirle que yo...soy bulímica, y que no voy a tener la entereza como para enfrentar ese problema si no cuento con su apoyo.

Róbert –A mí me parece que la gente no tiene que autodiagnosticarse. Por qué no consultás a un especialista, antes de hablar con tu esposo de modo tan drástico.

Nora –Puede ser...pero no me gustaría que ningún médico me viera en este estado. Tengo que adelgazar, ¡lo que pasa es que mi trabajo no me deja tiempo para hacer gimnasia, carajo! (La figura de Nora tampoco acusa sobrepeso).

Róbert –Esas son excusas; vos lo sabés bien. Gimnasia podés hacer a cualquier hora del día y en cualquier lugar. Si estás dando clase, te disculpás un momento, te vas al baño y ahí hacés tu rutina. No importa si son unos pocos minutos. Lo que importa es que lo hagas todos los días. Pero claro, vomitar es más fácil. Requiere menos esfuerzo, y los resultados se ven mucho antes. (Mira los charcos de vómito) Acá están: mirá.

Nora –Y vos qué. ¿No hacés lo mismo, acaso?

Róbert –No. Yo vomito sobre tela. Trato de canalizar artísticamente mi patología. La convierto en algo positivo. Según lo que haya comido, lo lanzo en la parte de la tela que requiera ese color. Soy un artista del vómito. He logrado colocar tres de mis obras en una galería. Todavía no se vendieron, pero la crítica fue favorable. Tal vez algún día pueda vivir de eso.

Nora –Por qué, ¿no te gusta, tu profesión actual?

Róbert –Me gusta, pero no como medio de subsistencia. Es algo que yo seguiría haciendo gratis, como hobby, los fines de semana.

Nora –Yo los fines de semana no puedo. Tengo que estar con mis hijos. Si no, me van a desheredar. Y vos...¿te casaste, o seguís soltero, como cuando ibas al liceo?

Róbert –Me casé, me casé. Yo no sirvo para estar solo. Tengo que estar con alguien; no importa quién.

Nora –Eso qué quiere decir, ¿salís con cualquiera? ¿Engañás a tu esposa con otras mujeres? ¿O con hombres?

Róbert –¡No, profesora! Soy fiel, y estoy seguro de que mi esposa tarde o temprano va a seguir mi ejemplo.

Nora –(Suspira) Yo no tengo esa suerte. Mi marido...

Róbert –Qué. Qué hace.

Nora –Bueno, en realidad...después de todo, creo que...se puede decir que es fiel. Porque lo que uno haga con animales no cuenta, ¿no?

Róbert –Cuenta, sí. Cómo no va a contar. Tiene distinto puntaje, pero cuenta.

Nora –No, no cuenta.

Róbert –Sí, cuenta.

Nora –Para mí no, y eso es lo que cuenta.

Róbert –No, eso no cuenta.

Nora –Sí, cuenta.

3

(Entra Trébor, que atraviesa la escena sin detenerse)

Trébor –Hola, mamá. Estoy muerto de hambre. ¿Qué hay de comer?

Nora –No sé. Fijate en la heladera. O en el horno, según la temperatura que estés buscando.

Róbert –Bueno, yo me voy. (Trébor ya no se ve) Te dejo con tu familia, y yo me voy a ocupar de la mía. A menos que...

Nora –Qué.

Róbert –No, nada.

Nora –Dale, decime.

Róbert –No es nada, no importa. Es que me siento mal. No sé. Creo que es un ataque al hígado.

Nora –¿Te hago un té? O unas pastillas, te puedo dar.

Róbert –Pastillas de qué.

La voz de Trébor –¡Mamá, no hay nada, en la heladera!

Nora –(A Trébor) ¡Fijate en el freezer!

Róbert –Yo me voy. Creo que me descompuse. Estoy a punto de...

La voz de Trébor –¡Está vacío, mamá!

Róbert –Chau. (Se va, sosteniéndose el vientre con una mano mientras con la otra lleva las cajas de pizza).

Nora –(A Trébor) Hay comida en el horno, Trébor.

4

(Trébor reaparece)

Trébor –No, no hay nada. Ya me fijé.

Nora –Ah, cierto. Era un suflé de papas pero me lo comí yo hoy.
Pero hay pascualina, también, ¿no la viste?

Trébor –En el horno no está.

Nora –Se la debe haber comido tu padre.

Trébor –Bueno, dame plata que voy a comprar algo.

Nora –Tomá (le da). ¿Sabés lo que podés traer? Pizza. Tengo
antojo de comer pizza.

Trébor –¿Pizza otra vez?

Nora –Sí, dale. No podemos estar comiendo verdurita todos los
días.

Trébor –¿Traigo ensalada, para acompañar?

Nora –No, dejá. (Se le acerca) Dame la plata. Mejor voy yo. Vos
me vas a llenar la heladera de porquerías.

Trébor –(Se aparta) No, mamá, no jodas. Dame un poco de credi-
bilidad. (Descubre uno de los charcos de vómito) ¿Y esto?
Qué es.

Nora –No sé. Será cosa de tus hermanos o de tu padre.

Trébor –¿No lo vas a limpiar?

5

(Entran Atlas y Salta)

Atlas –¡Hola!

Nora –¡Atlas! ¡Salta! ¡Pero cómo adelgazaron!

Salta –Cómo, estás, Nora. (Se acerca a darle un beso).

Atlas –(A Trébor) Qué decís, Arón, tanto tiempo.

Trébor –Aron no, yo soy Trébor, el hijo.

Salta –¡Trébor! ¡Pero cómo creciste! Se ve que te están alimentando bien.

Trébor –Bueno, con permiso. Ya vengo. (Se va).

Atlas –(A Trébor, mientras va saliendo) Sí, no demores.

6

Nora –¿Y los chicos, che? ¿Están en camino?
Salta –No entiendo; qué me estás preguntando, ¿si estoy embarazada?
Nora –No. Me refiero a los chicos que ustedes ya tienen. Si vienen para acá.
Atlas –¿Para acá? Y por qué...
Salta –No, es que...no les dijimos. ¿Vos les dijiste de venir, Atlas?
Atlas –No, la verdad que...no quedó claro si ellos estaban incluidos en la invitación.
Salta –Por las dudas, no quisimos abusar.
Atlas –Sí. Mantuvimos el secreto.
Salta –Salimos a escondidas, de casa.
Nora –Qué secreto.
Atlas –El secreto de que ustedes nos habían invitado a cenar.
Nora –Ah...
Salta –No me digas que te olvidaste.
Nora –Vos sabés que...en lo que menos pienso últimamente es en la comida.
Atlas –Bueno, pero podrías pensar un poquito en nosotros, ¿no?
Nora –Discúlpeme un segundo. Voy a ver qué solución encuentro. (Se va, por el lado de la escena que representa otros ambientes de la casa).
Salta –(Mientras Nora se va) Sí, dale.

7

Atlas –(A Salta) Por mí no es necesario que se ponga a cocinar. Podría llamar y pedir unas pizzas.
Salta –(Hacia donde supuestamente está Nora) No cocines, Nora. Podés llamar y pedir unas pizzas.
Atlas –(A Salta) O empanadas.
Salta –(Hacia Nora) O empanadas.
Atlas –(A Salta) Che, ¿y Arón, dónde estará?
Salta –(Hacia Nora) Che, ¿y Arón, dónde estará?
Atlas –(Después de un instante de silencio) No te escucha, me parece.
Salta –Es que...le debe dar vergüenza haberse olvidado así. Yo en su lugar me escondería y no aparecería más. Aunque en realidad nos está haciendo un bien. Los dos necesitamos un descanso, con la comida, ¿no te

- parece? Estamos engordando demasiado. (Pese a estas palabras, tanto Salta como Atlas se ven delgados).
- Atlas –A mí eso no me preocupa. Me gusta comer mucho, lo reconozco, pero sé cómo hacer para que ese exceso de comida no se traduzca en un aumento de peso. O de volumen.
- Salta –Qué, ¿tenés una fórmula secreta? ¡Decímela!
- Atlas –No. Es algo personal, no sé si a otros les puede dar resultado.
- Salta –Bueno, pero dame la oportunidad de probar.
- Atlas –No. Además, es algo muy chanco. Me da vergüenza decírtelo.
- Salta –Pero...no me doy cuenta cuándo es que lo hacés. ¡Si nosotros nos pasamos todo el día juntos!
- Atlas –Sí, pero cuando llega la noche... Vos no te das cuenta porque tenés el sueño muy pesado.
- Salta –El sueño pesado lo tengo desde que vos dormís encima mío.
- Atlas –Vos sabés que...ahora que te miro desde cierta distancia me estoy dando cuenta de una cosa: estás más flaca, vos. Vos no eras, así, cuando te conocí.
- Salta –Y cómo te podés acordar, después de tantos años. ¿Tenés memoria fotográfica, vos?
- Atlas –(Caminó unos pasos y ahora está mirando a Salta desde otro punto del escenario) No, vos sabés que viéndote de acá me doy cuenta de que no. No estás más flaca, al contrario: engordaste. Es increíble cómo te puede engañar el ángulo. Pero vos lo manejas, eso, ¿verdad? Sos flor de viva, vos. Sabés muy bien cómo ponerte para que los demás te vean más flaca, o más gorda, según cuál sea tu estrategia del momento.
- Salta –Puede ser que haya descuidado un poco mi figura, en los últimos tiempos. Y vos también.
- Atlas –¿Me notás más gordo?
- Salta –No; digo que vos también descuidaste un poco mi figura. La tuya la cuidás más. Sos un poco egoísta, en ese aspecto.
- Atlas –No tuve mucho tiempo de pensar en eso, últimamente.
- Salta –Sí, yo tampoco. Estoy demasiado preocupada por Nikita.
- Atlas –¿Nikita? Nikita tiene los problemas de cualquier adolescente, pero yo la veo bien encaminada. Estudia, trabaja, tiene novio, va al gimnasio, se droga moderadamente... A mí el que me inquieta es Boris.
- Salta –Sí, no, pero Nikita está teniendo comportamientos extraños. La otra noche, que vos no estabas, quiso cenar sola, en su cuarto, y después que le llevé la comida me fui a mirarla por el agujerito ése que hicimos en la pared del corredor, ¿y sabés lo que hacía? Estaba comiendo frente al espejo, y se miraba, después de cada bocado, a ver si engordaba. Y

- mientras masticaba no dejaba de mover las piernas, como para gastar lo antes posible las calorías que le aportaba lo que comía.
- Atlas –¿Y Boris? Boris se encierra en el baño, todos los días, después de comer, y empieza a hacer ruidos extraños, como si se estuviera sofocando. Yo creo que no nos lo quiere decir, pero se volvió asmático. O capaz que es algún tipo de alergia a esas cosas que fuma. O a los sahumerios que prende para tapar el olor. Y nunca quiere ir al médico.
- Salta –Sí, porque va al acupuntor.
- Atlas –Ese acupuntor es el que le vende la droga. Y los sahumerios, también.
- Salta –Sí, pero eso ya se le va a pasar. La personalidad de Boris no es adictiva. Además a él no le gusta, mucho. Yo me doy cuenta cuando lo miro por el agujerito. El lo hace para quedar bien con los amigos. Hasta se hace pinchazos falsos, en los brazos, con un alfiler, para aparentar que se inyecta. La que me preocupa es Nikita. ¿Sabés lo que lleva, cuando va al cine con el novio? En vez de pop (pochoclo), se lleva un frasco de edulcorante, y se lo va comiendo con cuchara, durante toda la película. Yo la vi. Me puse dos filas más atrás que ellos, en el cine, el otro día, y la vi.
- Atlas –Qué película daban.
- Salta –Una con Kristy Alley, no me acuerdo el título.
- Atlas – (Corrigiéndola) Kirstie Alley. Cómo engordó, esa mujer. Yo ya no la puedo ver. Me da vergüenza ajena.
- Salta –Sí, es repugnante. Yo igual casi no la miré, porque estaba atenta a lo que hacía Nikita.
- Atlas –Y qué hacía.
- Salta –Ya te dije. ¿No estás atento, vos, a lo que te digo?
- Atlas –Sí, perdoname. Es que me preocupa Boris.
- Salta –Deberíamos consultar con Nora y Arón. Ellos también tienen hijos adolescentes.
- Atlas –Sí, deberíamos comparar notas. (Llamando) ¡Nora! ¡Arón!
- Salta –¡Nora!
- Atlas –¡Nora!
- Salta –¡Arón!
- Atlas –No están, me parece. Voy a llamar por teléfono, para asegurarme. (Saca un celular, y disca).
- Salta –Adónde estás llamando, ¿acá?
- Atlas –Sí. Pero no contestan.
- Salta –Me parece que te equivocaste de número. Si no, tendríamos que oír el timbre del teléfono, acá.

Atlas—Tenés razón. (Descubre en alguna parte una lista de números telefónicos de uso frecuente). Mirá, acá está el número de la pizzería de la esquina. Voy a llamar; me muero de hambre. (Disca).

Salta —Preguntá si hay minutas, también.

Atlas —(Al teléfono) Hola, sí, para hacer un pedido... Constituyente 3095... Sí... Sí, una muzzarella con longaniza...y...un segundo... (A Salta) Vos qué querés.

Salta —Tres panchos con panceta.

Atlas —(Al teléfono) ¿Panchos con panceta, puede ser? Sí. Tres. Y dos cervezas de a litro. (A Salta) ¿Está bien, cerveza?

Salta —Sí. Pedí algún postre, también.

Atlas —A ver... (Al teléfono) ¿Postres, qué puede ser? (A Salta) Che, ¿no tendríamos que pedir para Nora y Arón, también? Fijate si ya llegaron.

8

(Entra Arón, agitado, habiendo corrido mucho)

Arón —¡Atlas! ¡Salta!

Salta —¡Arón! Llegás justo. Atlas está hablando con la pizzería.

Atlas —(A Arón) Qué te gustaría comer. Salta pidió panchos con panceta. Yo muzzarella con longaniza.

Arón —(Molesto) No entiendo nada. Qué está pasando, acá.

Salta —Es que Nora se olvidó de que ustedes nos habían invitado a cenar.

Arón —¿A cenar?

Atlas —Sí, pero no te preocupes, estamos haciendo correr el plan B. Decime qué tenés ganas de comer, así cierro el pedido. Hay pizza, pastas, minutas...

Arón —(Furibundo) Pero ¿a eso le llamás cenar? ¿Vos te creés que yo voy a permitir que me llenen la casa con toda esa mierda?

Salta —Pará, Arón.

Arón —¡No, pará un carajo! ¡Se van los dos a cagar! (Los saca a empujones) ¡Vamos! ¡Despejando la cancha!

Atlas —¡Pero Arón, calmate!

Arón —Disculpenmé, pero se van a la puta que los parió.

Atlas —(Ya fuera de escena) ¡Pará, hermano!

Salta —(Ya fuera de escena) ¡Esto no va a quedar así!

(Mientras sigue la discusión, se oyen ruidos de golpes o cosas que caen).

Arón –(Ya fuera de escena) ¡Vamos! ¡Fuera de acá!
Salta –(Emite un grito agudo y prolongado. Los ruidos continúan).
Atlas –¡Arón, nos estás lastimando!
Arón –¡Se van! ¡Y no vuelvan nunca más! (Se oye un portazo).

9

(Arón vuelve a escena)

Arón – Otra batalla ganada contra los agentes del colesterol y los hidratos de carbono. (Cae de rodillas). Ah, Dios, ¿es que esta guerra no va a terminar nunca?

Voz de Dios – Nooooo.

Arón – Dame fuerzas, Señor, para no desmoronarme. Dame armas, para combatir a los enemigos de una alimentación sana y correctamente balanceada.

Voz de Dios – Síííííí.

Arón – Gracias, Señor (mira en derredor, buscando infructuosamente las armas). Pero dime cuáles son esas armas, y cómo puedo valerme de ellas.

Voz de Dios – Nooooo.

Arón – Quieres que lo descubra yo mismo, ¿verdad? Quieres ponerme a prueba de esa manera, ¿Es eso?

Voz de Dios – Sííííííí.

Arón – Pero es difícil, Señor. El enemigo está dentro de mí. Hace un rato tomé la determinación de salir a correr, para bajar de peso, de acuerdo a tu voluntad. Pero en el camino, ¡oh Señor!, no me pude contener: entré en un bar y comí una milanesa con papas fritas.

Voz de Dios – Nooooo.

Arón – Pero ahora me desharé de ellas, Señor. Por favor, dame tu venia para detener el proceso digestivo que asimile mi ser a toda esa escoria.

Voz de Dios – Sííííííí.

(Arón se levanta y se lleva los dedos a la garganta, tratando de inducirse vómitos).

(Entra Nora)

Nora – (Entrando, con una bolsa) Hola.

Arón – (Sacando súbitamente sus dedos de su garganta) ¿Estas son horas de llegar?

Nora –Sí. Ya lo ves. Qué hay de comer.

Arón –¿No podías llegar más temprano?

Nora –No. Qué hay de comer.

Arón –Pará un poquito. Qué te pasó. Por qué te demoraste.

Nora –No conseguía taxi.

Arón –Dónde estabas, ¿en el centro?

Nora –Sí.

Arón –En qué parte. No me hagas, preguntarte todo. Largá el rollo, hija.

Nora –Qué rollo, querés que largue. Estaba en el centro y se me complicó, no conseguía taxi. Ni remise.

Arón –Y qué fuiste a hacer, al centro.

Nora –Varias cosas. Cocinar, planchar, lavar la ropa...

Arón –Eso lo podías haber hecho acá, en casa.

Nora –Sí, pero además tenía que hacer algunas compras. Y pagar la luz y el teléfono.

El –Qué compras hiciste.

Nora –Acá está, mirá. (Le da la bolsa).

Arón –A ver.

Nora –Compré pan, azúcar, un pañuelo, que precisaba, y una olla, también.

Arón –(Saca las cosas de la bolsa. El pan, el azúcar y el pañuelo están dentro de la olla, y él los retira con una mano, mientras con la otra sostiene la olla). Acá veo el pan, y el azúcar, y el pañuelo, pero...¿y la olla?

Nora –La tenés en la mano.

Arón –Ah, sí. Pero...esta olla parece usada. ¿Estás segura que la compraste?

Nora –Sí, la compré usada.

Arón –Dónde la compraste.

Nora –Ahí, en un cambalache, por el centro.

Arón – Mostrame la boleta.

Nora –No me dieron.

Arón –¿Y no los denunciaste?

Nora –No, ahora que me acuerdo me dieron, sí, pero la tiré.

Arón –Y cómo esperás que te crea, entonces.

Nora –No me importa si me creés o no. Yo sé lo que digo.

Arón –Y...¿este pañuelo lo compraste en el mismo lugar donde compraste el azúcar?

Nora –Sí. Era un supermercado.

Arón –Habrás conservado el ticket, me imagino.

Nora –Sí, debe estar ahí, adentro de la bolsa.

Arón –(Busca) No. No está.

Nora –Se te habrá caído.

Arón –No. No creo. ¿Estás segura de que no se te cayó a vos?

Nora –Mirá: antes de entrar a casa, por lo menos, lo tenía. Me acuerdo porque lo saqué para mirarlo. Tenía una duda de si me habían cobrado bien el pan.

Arón –Por qué. ¿Te dieron mal el vuelto?

Nora –No sé. Yo...a mí me parecía que debía tener cincuenta pesos, en la cartera. Y tengo cuarenta y nueve. Me di cuenta cuando fui a sacar la llave.

Arón –A ver, mostrame.

Nora –Por qué, ¿no me creés, lo que te estoy diciendo?

Arón –Sí, pero es que no entiendo cómo un billete de cincuenta se puede transformar en cuatro de diez, uno de cinco y cuatro de... ¿cómo es, la combinación de billetes?

Nora –No me acuerdo.

Arón –¿Ves? Traé la cartera. Dale. Dónde la dejaste.

Nora –No sé. Buscala vos, si querés revisármela.

Arón –No es que quiera. Pero vos me estás llevando a eso.

Nora –No veo cómo.

Arón –Oíme, ¿no será el del taxi, que te cobró de más?

Nora –No. Estoy segura. Lo conozco muy bien.

Arón –De dónde lo conocés.

Nora –De otros viajes.

Arón –Y cómo lo reconocés. ¿Tanto mirás, a los tacheros?

Nora –Qué querés, ¿que mire siempre para el costado, cuando viajo?

Arón –Pero si mirás de frente qué...qué le ves: la espalda.

Nora –Sí, claro. Una parte. Y la parte de atrás de la cabeza, y del cuello. Y un poquito el perfil, también, de perfilón.

Arón –Y cómo era, éste, a ver, describímelo.

Nora – No sé.

Arón – Tenés que saber. ¿No sos profesora, vos?

Nora – Sí.

Arón – ¡Y bueno! Entonces sabés. Dale, decí.

Nora –Era flaco, alto...

Arón –Cómo sabés que era alto.

Nora –Bueno, la cabeza le llegaba casi al techo.

Arón –Sí, pero de repente tiene las piernas muy cortas. Capaz que si lo ves parado es muy petiso. ¿O no?

Nora –No, no creo.

Arón –Entonces ya lo viste, parado. Qué hicieron, ¿se bajaron, del taxi, en algún momento?

Nora –No. No inventes.

Arón –Es una hipótesis, nada más. No te pongas nerviosa, porque te vas a deschavar mucho más fácilmente.

Nora –No necesito deschavarme de nada. Te estoy contando estrictamente la verdad de lo que hice esta tarde. Como todos los días.

Arón –Acordate que ayer habías omitido una parte muy importante. Quedaste de darme el parte hoy. Qué pasó, con eso.

Nora –Bueno, no sé, qué querés, que hablemos de lo que hice ayer, o que hablemos de lo que hice hoy.

Arón –Empezá por donde quieras, pero desembuchá de una vez.

Nora – Qué querés decir con que desembuche.

Arón – Quiero decir que hables. Que me cuentes. Por qué. Qué pensabas que te estaba queriendo decir.

Nora – No, nada. Por eso te pregunté.

Arón – Qué me preguntaste.

11

(Entra Robert, con paquetes de comida y dos botellas de cerveza)

Robert – Con permiso...

Nora – ¡Robert!

Arón – (A Nora) Quién es éste.

Robert – De la pizzería. Vine a traer el pedido. (Empieza a desenvolver los paquetes). Una muzzarella con longaniza, tres panchos con panceta, cuatro empanadas de vigilia...

Nora – Pero...quién pidió eso. ¿Vos hiciste algún pedido, Arón?

Robert – No me digan que otra vez fue una llamada trucha. Me quiero matar.

Nora – Yo, por lo menos, no pedí nada. Además nosotros acá no consumimos ese tipo de alimentos.

Robert – Por qué. Qué tienen de malo.

Nora – Que no son buenos.

Arón – Dejá, Nora. Está bien. Yo me hago cargo. (Agarra los paquetes y las botellas y camina en dirección a la cocina).

Nora – Qué vas a hacer, Arón.

Arón – Quedate tranquila, yo me ocupo. Vos atendé al señor (sigue yendo hacia la cocina).

Nora – Pero no entiendo, Arón: ¿vos hiciste ese pedido?

Arón – No te preocupes, Nora. (Sale).

12

Robert – Son ochenta y cuatro con cincuenta.

13

(Vuelve a entrar Arón)

Arón – (A Robert) Perdoname, ¿tiene sal, todo esto?

Robert – Sí, claro.

Arón – Gracias. (Vuelve a salir).

14

Nora – (A Robert) ¿Qué me decías?

Robert – El importe. Le estaba diciendo lo que me deben. Acá está la cuenta. (Le da un papel).

15

(Vuelve a entrar Arón. Trae una de las botellas y los paquetes, menguados en parte de su contenido original)

- Arón – Perdón, pero estos alimentos están en mal estado. Son un asco.
Robert – (Revisa los paquetes) Pero... esto está bien, aparentemente. ¿Y la muzzarella? ¡No está! Y los panchos tampoco los veo.
Nora – ¡Arón! ¡Te lo comiste todo!
Arón – (A Nora) Vos callate. (A Robert) Todo eso hay que devolverlo. Vamos. Llévatelo.
Robert – En qué sentido, devolverlo.
Nora – Devolver. ¿No sabés lo que es devolver la comida?
Arón – No tenemos por qué dar explicaciones, Nora. Esa comida está vencida y él se la tiene que llevar.
Robert – Pero acá no está ni la mitad de lo que traje. ¿Dónde está lo demás?
Arón – No tenemos por qué devolver todo. Con esas muestras va a ser más que suficiente para demostrar que eso está mal.
Robert – (Vuelve a mirar el paquete) A ver...
Nora – (Efectúa una súbita inspiración sonora, significativa de susto) ¡Arón! ¡me acabo de acordar ahora! ¡Atlas y Salta iban a venir a cenar! Disculpenme; tengo que ir al baño. (Camina hacia la cocina).
Robert – Yo también tendría que ir. (La sigue).
Arón – (Lo detiene) Esperá tu turno, vos.
(Nora termina de irse).

16

(Entra Trébor)

- Trébor – ¿Y, viejo?
Arón – Trébor. Qué pasa.
Trébor – ¿Qué pasa? ¡Que quiero comer, viejo! Mamá no me quiso dar nada y me fui a lo de la abuela pero tampoco tenía casi nada, en la casa. Me le comí un pedazo de tortilla y medio pollo, que le quedaba. Le vacié la heladera, pobrecita, pero igual no me alcanzó. Me quedé con hambre. (A Robert) ¿Vos no sos el de la pizzería de la esquina?
Arón – El señor ya se iba, Trébor. No lo retengas, por favor, que tiene mucho trabajo.
Trébor – Pero tengo hambre, papá.
Arón – Ah, ¿sí? Entonces ahora vas a aprender a retener el alimento que se te da, en lugar de lanzarlo, por ahí, ¿eh?

(Mientras Arón y Trébor siguen hablando, Robert empieza a comer una empanada del paquete)

Trébor – ¡Qué estás diciendo, papá! Lanzar qué.

Arón – (Le muestra uno de los charcos de vómito) Mirá. ¿Vas a decir que esto no es tuyo? ¿No fuiste vos?

Trébor – No. Fue mamá.

Arón – ¿Mamá? No, mi madre no tiene nada que ver con esto. Esperá un segundo. (Se acerca a Robert) Qué estás haciendo, vos.

Robert – Estoy haciendo control de calidad. Y por lo que veo esto está en perfecto estado.

Trébor – (También acercándose) ¿Me das una?

Arón – Esa comida no es nuestra, Trébor. El señor la trajo por equivocación. Es una de esas llamadas truchas que hacen los chistosos del barrio a la pizzería, para hacer pedidos falsos.

Trébor – Eso no es obra de chistosos. Son llamadas pagadas por McDonalds, que quiere arruinar a esa pizzería para comprar el lugar y poner otro local de ellos.

Robert – Y vos cómo sabés.

Trébor – No es ningún secreto. Lo sabe todo el barrio.

Robert – ¿A vos te pagaron, para hacer llamadas?

Arón – No le contestes, Trébor. Sin la presencia de un abogado no digas una sola palabra.

Trébor – Decile que me dé una empanada, papá.

Robert – Sí, cómo no (se dispone a darle).

Arón – (Deteniéndolo) ¡No, por Dios!

Trébor – (A Robert) Dale, dame una.

Robert – (A Arón) ¿Le doy?

Arón – ¡No! Es perentorio que te vayas de acá y te lleves todo eso.

Robert – Todo qué, si no queda casi nada, en este paquete.

Trébor – Por qué, quién se lo comió. ¡Papá! ¿Fuiste vos?

Arón – No seas atrevido. Qué sabés, vos. Andá a tu cuarto. Estás en penitencia.

Robert – (A Arón) Por qué lo castiga.

Arón – Usté no se meta.

Trébor – Por qué, papá. A qué le tenés miedo.

Robert – Sí, qué es lo que teme que yo descubra.

Arón – Usté ya le dije que se fuera. Esta es una discusión familiar y los de afuera no tienen voz ni voto.

Robert – Pero yo votaría por usted.

Trébor – ¿Ah, sí? Entonces andate, cornudo.

Arón – Pará, Trébor.

Trébor – ¡Si es un traidor! ¡No se puede saber de qué lado está!

Robert – ¡Claro que se puede saber! Preguntenmé.

Arón – ¿De qué lado estás?

Robert – En qué sentido.

Trébor – (A Arón) ¿No ves? Se está burlando de nosotros, papá. Quiere sembrar la discordia en el seno de nuestra familia.

Arón – Con qué objetivo.

Trébor – Quiere destruir este hogar. Debe trabajar secretamente para McDonalds. Ellos quieren expropiar todas las casas de la cuadra.

Robert – Mentira.

Arón – ¿Cómo podés saber? ¿Estás familiarizado con los planes secretos de McDonalds?

Robert – No.

Trébor – Es un espía, papá. Nunca va a confesar, si no le aplicamos técnicas avanzadas(*) de interrogatorio.

Arón – Qué técnicas.

Robert – Yo me voy de acá. Esto no me está gustando nada. (Va hacia la salida).

Trébor – (Lo detiene) Esperá, no te lles las empanadas.

Robert – Si me las pagás, no hay ningún problema.

Trébor – Cuánto es.

Arón – No le preguntes. Te va a estafar. Esa comida está en mal estado.

Robert – La que está en mal estado es la que usté se comió, y que en este momento está siendo atacada por el ácido clorhídrico de su jugo gástrico.

Arón – ¡No!

Trébor – ¿Es cierto eso, papá?

Robert – Claro que sí.

Arón – ¡Basta! ¡No me atosiguen más con eso porque les juro que voy a...a...

Trébor – A qué.

Robert – Lo que él insinúa es que va a lanzar la comida.

Arón – ¡No!

Trébor – Entonces... fuiste vos el autor de estas...deposiciones (señala los charcos de vómito).

Arón – ¡No! ¡Basta! (Se va hacia la cocina y sale de escena).

Trébor – (En la dirección por la que salió Arón) ¡Papá! ¡Ahora entiendo todo!
¡Sos bulímico, papá! ¡Tenés que afrontar tu problema! ¡Tenés que pedir ayuda!

Robert – Vos no tenés que esperar que te pida ayuda; tenés que dársela.

Trébor – Yo solo no puedo. Necesito ayuda.

Robert – No pidas ayuda; dala.

Trébor – Y vos no me des consejos; dame una empanada.

Robert – No te doy nada.

Trébor – Entonces andate.

Robert – No me voy nada. En esta casa la situación es delicada y yo no pienso sacarle el cuerpo. Seré repartidor de pizza, pero me gusta hacerme partícipe de los problemas que se puedan suscitar en los hogares de los clientes de la casa que represento.

Trébor – Dame una empanada. Si no, te vas.

Robert – No simplifiques las cosas, Trébor.

Trébor – Si vos las complicás, no me dejás alternativa.

Robert – Vos no entendés. En esta casa, la única manera de salir adelante va a ser que me permitan traer a un representante de Bulímicos Anónimos, para que les dé una charla.

Trébor – Yo ya tuve muchas charlas, en esa institución, y nunca me sirvió de nada.

Robert – ¡Pero lo que pasa es que vos no sos bulímico! Los que tienen que ir son tus padres; no vos. Es por eso que vos sentís que no te sirvió.

Trébor – ¿No dijiste que ibas a traer a un representante? ¡Ahora decís que mis padres tienen que ir hasta allá! ¿No ves que te contradecís?

Robert – Pero vos asumís que tus padres tienen serios trastornos alimentarios.

Trébor – No sé. No sé qué pensar. De todas esas charlas a las que asistí, no pude sacar nada en limpio. Mis vecinos de asiento...vomitaban sobre mis apuntes.

Robert – Pero para qué asististe, Trébor, ¿para ayudar a tus padres?

Trébor – No.

Robert – ¿Sos bulímico, vos también, entonces?

Trébor – No. Yo no fui por ser bulímico. Fui porque soy anónimo. Pensé que esa gente podría...ayudarme.

Robert – Pero cómo, anónimo. ¿No te llamás Trébor, vos? Todos tus padres te llaman así.

Trébor – Pero no es mi nombre. Es un apodo, nada más. Un sobrenombre. Además, aunque yo realmente me llamara Trébor, no sería mío, ese nombre. Muchos otros lo portan, con total desparpajo, y para mi

desgracia, la ley los ampara. Visité muchos abogados, y todos me dicen que no hay nada que se pueda hacer.

Robert – Yo soy abogado. Bah, me faltan algunas materias, pero...tengo el título. De repente...

Trébor – Qué, ¿pensás que se puede presentar cargos contra esa gente? ¿De qué los puedo acusar?

Robert – Mmm... ésa es justamente una de las materias que me faltan...

Trébor – ¿Ves? Todos los abogados le sacan el culo a la jeringa. No sé qué hacer. Estoy atado de pies y manos.

Robert – (Saca una empanada de la bolsa) Tomá. Comete una empanadita.

Trébor – No, gracias. No tengo apetito.

Robert – Eso es extraño, porque hace rato que no te alimentás. Espero que tu conducta no sea el preámbulo a un cuadro de...anorexia.

Trébor – No, no es eso.

Robert – (Le acerca la empanada) Dale, comete esto. te va a hacer bien.

Trébor – (Se aparta) No. No quiero.

Robert – (Guarda la empanada en la bolsa) Mirá que se la doy a otro, ¿eh? Igual estas empanadas no están pagas. Las puedo llevar a otra casa, donde hayan llamado para hacer un pedido. Estas empanadas suelen ser muy solicitadas.

Trébor – Llevátelas. A mí no me preocupa. Yo no las quiero.

Robert – (Yendo hacia la salida) ¿Estás seguro? ¿No te irás a arrepentir, después?

Trébor – No. Ni después ni antes.

Robert – Yo me las llevo, pero una te la voy a dejar acá (saca una empanada y la deja sobre una silla), por las dudas de que cambies de opinión.

Trébor – ¡No! ¡No dejes nada!

Robert – Vos pensalo. No tenés por qué comerla ahora. Mirala un rato, y ahí te vas a dar cuenta de si tenés hambre o no. (Se va).

Trébor – (Agarra la empanada y quiere dársela a Robert, pero no llega) Pero... (vuelve sobre sus pasos, empanada en mano, alicaído). (Se lanza hacia adelante, derrotado, quedando de rodillas). ¡Oh, Dios! ¡Muéstrame el sendero! ¡Dime qué debo hacer con esto, si comerlo y digerirlo, o lanzarlo, o no comerlo! (Espera una respuesta de Dios, que no se produce). ¡Oh, Dios, dame una respuesta! ¡No permitas que la duda me carcoma, para dejarme luego chapoteando en un mar

de confusión! (Espera una respuesta de Dios, que no se produce).
Pero, ¡por qué, Dios! ¡Por qué no escuchas mis ruegos! ¿Es que no soy digno de un pronunciamiento de tu parte? ¡Dime qué debo hacer, qué tareas, qué ritual debo seguir para que tu señal me alcance!

19

(Entra Arón)

Arón – Qué estás haciendo con esa empanada, Trébor. ¿Te la vas a comer?

Trébor – (Se incorpora) Es que no sé, papá. Yo...

Arón – Tu madre y yo siempre tratamos de inculcarte el buen hábito de rezar antes de las comidas, pero esta vez se te fue la mano, Trébor. No sólo Dios, sino también todo el barrio está siendo receptáculo de tus oraciones.

Trébor – Es que Dios no oye las plegarias, papá. Debe creer que la humanidad ya no se acuerda de él ni lo toma en cuenta, pero la realidad es que... está sordo.

Arón – No es cierto. El oye todo.

Trébor – Y por qué no reacciona.

Arón – Dale tiempo. No podés pretender que tenga los reflejos de un muchacho de veinte años.

Trébor – Por qué. Qué edad tiene.

Arón – Dios es mujer. No se le pregunta la edad.

Trébor – Necesito un abogado, papá.

Arón – (Asustado) Qué querés hacer.

Trébor – Es personal.

Arón – ¿Personal? ¿Vas a tomar personal? Poné un aviso en el diario, en todo caso. Pero no sé cómo vas a hacer para pagar los sueldos. Si tenés empleados, les vas a tener que pagar. No creas que van a trabajar gratis para vos.

Trébor – Qué sabés, vos. Para vos el motor del mundo es el interés económico. Tus horizontes son estrechos. No concebís una sociedad donde la gente esté dispuesta a trabajar catorce horas diarias sin percibir remuneración; movida simplemente por el deseo de ayudar al patrón a salir adelante.

Arón – Lo que pasa es que vos nunca tuviste patrón. No sabés lo que es una relación de dependencia.

Trébor – Ni quiero saberlo. Soy independentista.

Arón – Al dentista, tendrías que ir vos, para que te limpie la boca de todo ese discurso mendaz. Dame esa empanada.

Trébor – Para qué. Yo me la gané en buena ley.

Arón – No. Tu abogado te está asesorando mal.

Trébor – No tengo abogado. Por eso te pedí ayuda. Tengo derecho, ¿no?
Todos tenemos derecho a un abogado.

Arón – Eso es cuando te arrestan.

Trébor – Entonces qué, ¿tengo que ir a la cárcel, para ser escuchado?

Arón – Mucha gente, está en la cárcel, sin nadie con quien hablar. Podrías ir a visitar presos, de vez en cuando, vos. Podrías estudiar servicio social. La vida no es solamente una peregrinación de McDonalds a Burger King.

Trébor – Y qué querés que haga, si en esta casa nunca hay comida.

Arón – Hay comida, sí, pero justamente la usamos para comer; no la dejamos almacenada para que se pudra. Acá no acaparamos mercadería. Acá la comida se come, y punto.

Trébor – Y punto no, porque para vos la cosa no termina ahí. Yo sé lo que hacés vos, con la comida, después que te la comiste.

Arón – Callate. Dame esa empanada.

Trébor – No. Me voy.

Arón – Dejá esa empanada acá. No vas a estar comiendo por la calle, como un indigente.

Trébor – Estás equivocado. Los indios son gente de la mejor. Tu xenofobia me da náuseas, papá. Me voy a antes de que se me empiece a revolver el estómago.

Arón – Pero Trébor...

(Trébor se va).

20

Arón – Bueno, mejor. Una boca menos que alimentar. (Permanece pensativo). ¡Alimentar! ¡Tengo que alimentarme!

21

(Entra Nora)

Nora – Con quién estás hablando, Arón.

Arón – Contigo, estoy hablando. Te estaba preguntando qué hay de comer.
Qué pasa, ¿no me oías?

Nora – Te oí decir otras cosas. No eso.

- Arón – Entonces oíste mal. Porque yo no tengo un doble discurso. Yo a todo el mundo le digo lo mismo.
- Nora – ¿Ah, sí? ¿Las cosas que me decís a mí también se las decís a otras personas?
- Arón – (En actitud suplicante) ¡Sí, pero con otro sentido! No te enojés, Nora. Tenés que estar de buen humor, tenés que estar bien lúcida para poder preparar una buena cena.
- Nora – Ya la preparé.
- Arón – ¡Qué bueno! Qué hiciste.
- Nora – No es para vos. Es para Atlas y Salta.
- Arón – Bueno, pero yo también voy a estar, ¿no?
- Nora – No, vos ya te comiste todo lo que quedaba en esta casa. Dejá el turno a los demás, ahora.
- Arón – Si me querés hacer desear, ya lo lograste. Ahora viene la otra parte; tenés que satisfacer el deseo que creaste. Traeme la comida, dale.
- Nora – No puedo creer que tengas hambre. ¡Si te comiste también lo que trajeo el de la pizzería! Vos debés tener parásitos, o algo así. O si no...
- Arón – Qué.
- Nora – Ya sé lo que te pasa a vos. Retomaste el hábito de lanzar, después de las comidas. (Señala uno de los charcos de vómito) Decime la verdad, Arón. Esto es tuyo, ¿no es cierto? Por favor, no lo niegues. Es importante que con la frente alta seas capaz de reconocer el problema que tenés. Yo ahora veo que aquel médico estaba equivocado. Vos no vomitás para llamar la atención. Al contrario: querés pasar desapercibido, querés ocultar tu problema. Pero yo te prometo que si te decidís a enfrentarlo, voy a estar a tu lado en todo momento. Yo te quiero, Arón, estoy enamorada de vos. Soy tu esposa y voy a apoyarte en las buenas y en las malas. Y si vos sos bulímico, por más asco que eso me dé, te aseguro que no te voy a dejar solo.
- Arón – Qué vas a hacer, ¿vas a ...lanzar conmigo?
- Nora – No, Arón. Te estoy hablando de apoyarte, de ayudarte. Lo primero que tenés que hacer es ir a buscar un balde y un trapo de piso y limpiar esto que dejaste acá.
- Arón – No fui yo, Nora. Yo sé quién dejó eso ahí, y el saberlo me llena de vergüenza y me sume en el oprobio más degradante que un padre pueda experimentar. Fue nuestro hijo, Nora. Ese vómito es de Trébor. Y va a quedar ahí hasta que él tenga la entereza de reconocer que es el autor, y se haga responsable de su limpieza.
- Nora – ¿Trébor te confesó que lo hizo él?

Arón – No. Pero yo lo sé. Soy su padre y lo conozco como si lo hubiera parido.

22

(Entra Salta)

Salta – ¡Nora! ¡Arón!

Arón – Qué te pasa, a vos, ¿no te dije que te fueras?

Salta – ¡¿Qué?!

Nora – Arón, ¡qué estás diciendo! ¡Es nuestra invitada!

Arón – (A Nora) Cierto. (A Salta) Disculpá. Debo haberte confundido con otra persona.

Salta – (A Arón) No es nada. (A Nora) Nora, si llegué en mal momento decime, no hay problema...

Nora – Pero no, Salta, ¡qué decís! ¡Pasá, sentate!

Arón – (A Nora) No quiere, pasar, Nora; no la obligues. ¿No ves que tiene miedo de ser inoportuna?

Nora – Pero qué inoportuna si nosotros la invitamos.

Salta – Dejá, Nora, venimos otro día, igual.

Nora – No, no, pasen. No le hagas caso a Arón.

Salta – Arón, ¿nos das tu aprobación?

Arón – No me preguntes a mí; mi opinión hace tiempo que dejó de contar, en esta casa.

Salta – Y por qué no te mudás.

Arón – ¿Cómo? ¿Qué?

Nora – Dejá, Arón. No te vas a poner a discutir con nuestros invitados. (A Salta) Ustedes vinieron a comer, ¿no es cierto? Las discusiones las dejamos para los postres. (A Arón) Arón, podrías empezar a poner la mesa.

Arón – Dónde la pongo.

Nora – Acá. Más o menos. No sé; vos te das maña.

Salta – (A Arón) Nosotros te ayudamos (se le acerca).

Nora – (Reteniéndola) No, ustedes quédense tranquilos. Los honores nos corresponden a nosotros.

Arón – Dónde está la mesa. Dónde la dejaste.

Nora – No sé. Buscala.

Salta – Decinos dónde está, si querés, y la buscamos nosotros.

Arón – No, ustedes mejor ocúpense de la bebida.

Salta – ¡Sí, claro! ¿Dónde está?

Nora – No está. Tienen que traerla.

Arón – En la otra cuadra hay un almacén. Y en la pizzería de la esquina también venden.

Nora – Sí; vayan.

Salta – (Busca algo entre sus ropas) Sí, tendríamos que llevar...plata. Pero... ¿dónde quedó?

Arón – ¿No la encuentran?

Nora – ¡No nos asusten, che!

Salta – (Sigue tanteando su ropa y sus bolsillos) Es raro...

Arón – (A Nora) Nora, revisalos.

Salta – (Retrocede) ¿Qué?

Nora – Sí, muestren la plata. (Acercándose a Salta). Si no, Arón les va a hacer cosquillas hasta que la saquen.

Salta – Pará, Nora.

Arón – Nora...no.

Salta – (A Nora) Qué vas a hacer.

Nora – (A Salta, avanzando) No se asusten. Qué les pasa, ¿tienen cola de paja, ustedes?

Salta – No señor. (Ladea un poco la cabeza como para dirigirse a alguien que estuviese detrás de ella). Atlas, dame la plata.

Nora – (Con ademán de triunfo) ¡Eso!

Salta – Pero... (viendo que Atlas no está) ¡Atlas! ¿Dónde te metiste?

Arón – (Llamando) ¡Atlas! ¡La plata!

Nora – ¡Atlas! Por dónde se fue.

Arón – Voy a mirar si está en el baño. (Se va).

23

Salta – No entiendo cómo me hace esto.

Nora – Sí. Qué técnica usará.

Salta – Cómo, técnica. ¿Existe alguna técnica? ¡Decímela!

Nora – Pero ¡no la sé!

Salta – Es horrible, esto. Ahora no tanto porque estoy con ustedes, pero otras veces... ah, Nora, te juro que me siento tan sola. ¿A ustedes no les pasa?

Nora – No. Nosotros, por suerte, somos muy unidos. No nos podemos separar. Ni siquiera cuando nos divorciamos.

Salta – Ah, ¿son divorciados, ustedes?

Nora – Sí. Los dos.

Salta – ¿Y Trébor cómo lo tomó?

Nora – No le dijimos. Nos divorciamos en secreto. No invitamos a nadie, tampoco, a la ceremonia. Estábamos los dos solos. Igual que ahora. Bueno, igual que ahora no, porque están ustedes, pero... bueno, vos me entendés.

Salta – No, Nora. No te entiendo. Disculpame, sabés que estoy un poco preocupada porque hoy me iban a entregar unas radiografías de estómago, que me hice el otro día, y las fui a buscar, pero no estaban prontas.

Nora – ¿Y por qué te hicieron, las radiografías?

Salta – ¿Por qué? Porque yo se las pedí.

Nora – Ah.

Salta – Sí, no sé, dijeron que se descompuso la máquina.

Nora – En qué sentido, se descompuso.

Salta – Y..., no sé, en el sentido de que no anda, supongo.

Nora – Pero si no anda, ¿cómo te pudieron sacar las radiografías?

Salta – Sí, no sé... Es raro. ¿Pensás que ellos pueden haber estado... jugando con mi cuerpo?

Nora – Jugando a qué.

Salta – No sé. Yo con mi cuerpo casi no tengo comunicación. Ni siquiera me interesa estar al corriente de lo que hace. Y preferiría no tener que acompañarlo a todas partes. El a veces hace cosas que yo no...apruebo.

Nora – Qué no aprobás.

Salta – Y..., lo que él ingiere, por ejemplo.

Nora – Qué ingiere. ¿No tenés control, vos, sobre eso?

Salta – Es que no quiero ni enterarme. Estoy en otra, yo.

Nora – Eso es peligroso, Salta. Esa disociación que vos establecés con tu propio cuerpo no es normal. Vos deberías consultar a un especialista, un...neurocirujano, por ejemplo.

Salta – Yo no voy a consultar a nadie. Que vaya él, si quiere.

Nora – El quién, ¿Atlas?

Salta – No. Te hablo de mi cuerpo.

Nora – Pero qué cuerpo, ¿éste? (Le agarra un brazo).

Salta – (Se suelta con violencia) ¡No, dejame! Este no es. Este cuerpo es de otra mujer. El mío está en... No sé, dónde. No me acuerdo dónde quedó.

Nora – ¿No tenés agenda?

Salta – Sí, pero... Che, Nora, sabés que nosotros, cuando estuvimos, hoy, más temprano, hicimos un pedido a la pizzería. ¿No lo trajeron?

Nora – Qué pizzería.

Salta – No sé, la de la esquina, creo.

Nora – No. Acá no trajeron nada.

Salta – Bueno, mejor... pero ¿estás segura?

Nora – Sí. Acá no han venido.

Salta – Y...¿si vinieran, vos qué harías?

Nora – No sé... Por qué, qué fue lo que pidieron.

Salta – No, nada especial. Un tentempié, nada más.

Nora – Ah, bueno, entonces no habría problema. ¿Pero te parece que pueden venir, todavía?

Salta – No, seguramente no. Si a esta hora no vinieron es porque se deben haber arrepentido.

Nora – Sí. Esa pizzería creo que no anda muy bien. Hay rumores de que están en concordato.

Salta – Nora, ¿no hay ningún McDonalds, por acá?

Nora – Creo que no. ¿Por?

Salta – No, no importa. ¿Y algún otro local, así, de fast food?

Nora – La verdad que no me fijé. ¿Querés que pregunte por teléfono?

Salta – ¡No! Era curiosidad, nada más. Yo quería saber si vos en general cocinás, o si te hacés traer la comida de algún dispensario.

Nora – Eeehh...¿me dispensás un momento? Tengo que ir al baño.

Salta – Pero...está ocupado. Acordate que Arón dijo que iba a ir, para fijarse si Atlas estaba ahí.

Nora – Cierto. Bueno, tendré que esperar turno.

Salta – Sí, en casa también es así. Porque somos cuatro, pero tenemos solamente tres baños. Uno siempre queda afuera, y tiene que esperar. Después de comer, siempre pasa, que se ocupan los tres baños, no sé por qué.

Nora – ¿Y si tienen invitados?

Salta – Ah, es un caos. Pero por suerte nunca invitamos a nadie. Nos gusta que nos inviten a nosotros. Eso sí. Pero invitar gente no. Aunque siempre te cae algún pesado.

Nora – Sí.

Salta – Vos qué hacés, Nora, cuando te cae gente a comer a tu casa.

Nora – Y, yo, en general...cocino.

Salta – ¿Y de esa forma los ahuyentás? Sí, claro, entiendo. Es porque cocinás muy mal, ¿no? Pero qué raro, porque antes vos tenías un restorán, con Arón. Qué hacían, ¿cocinaba Arón? No, Arón lo veo más para

servir las mesas. Aunque es un poco torpe, ¿no? Dos por tres se le debían caer los platos de las bandejas. Es difícil llevar adelante un restorán, ¿no? Atlas y yo tenemos un pequeño capital y...hay un local disponible en la plaza de comidas del shopping, ahí, cerca de casa. Vos qué me aconsejás, ¿nos metemos?

Nora – No sé... Qué tipo de comida harían, ustedes, ahí.

Salta – Y, no sé... puede ser una *crêperie*, por ejemplo.

Nora – Mmm... qué bien, y *crêpes* de qué, tendrían, por ejemplo.

Salta – Y...de...de verdura, por ejemplo.

Nora – ¿De verdura sola?

Salta – ¡Noo! Con jamón.

Nora – Aaahhh.

Salta – Sí, o si no de muzzarella. O de cuatro quesos, combinados.

Nora – Qué rico. Si querés hacé, un día, y traeme. Así yo las pruebo y te digo si me parece que pueden llegar a funcionar.

Salta – Te hago, sí, claro. Vos llevame los ingredientes, si querés, un día, y yo te las hago. Lo que pasa es que primero tengo que terminar con este problema médico, que te decía; lo de las radiografías de estómago.

Nora – Pero mirando las radiografías no creo que puedas llegar a identificar bien los ingredientes de lo que comiste.

Salta – No es para eso que me las hice, Nora. Es que últimamente, no sé... no puedo retener lo que como. Y el médico me mandó esas placas para ver si es algo orgánico o...

Nora – No te van a servir, Salta. Si es algo orgánico puede ser que te aparezca, pero si es un problema mental o espiritual, no va a salir en esas radiografías. Y menos siendo radiografías de estómago.

Salta – Pero ¿qué puedo hacer? Te juro que no retengo nada de lo que como. El otro día fui a un bar a comer un sándwich, y al rato que lo comí, vi que se lo servían a otro tipo, en otra mesa. ¿Entendés? El mismo sándwich. No lo retuve.

Nora – ¿Se lo dijiste al médico, eso?

Salta – Te lo estoy diciendo a vos.

Nora – Sí, pero yo no soy médico.

Salta – No te estoy pidiendo consejo médico, te pido consejo como amiga.

Nora – Para mí tenés que hablarlo con Atlas. Es una situación que tienen que afrontar juntos.

24

(Entra Arón)

Arón – En el baño no está. ¿Me fijo si está en la cocina?

Nora – (Con despreocupación) Sí, dale.

(Arón vuelve a irse).

25

Nora – (A Salta) ¿Qué me decías?

Salta – No, nada, te estaba pidiendo tu opinión...

Nora – Ah, sí. Pero ¿y Atlas? Qué piensa él, de todo esto.

Salta – No me interesa lo que piensa Atlas, me interesa lo que pensás vos.

Nora – Bueno, yo te diría que...

Salta – No empieces con subterfugios, Nora. Quiero tu opinión clara, franca y sincera. Si eso tiene un costo, estoy dispuesta a cubrirlo. Decime cuánto sale tu opinión. Te la compro.

Nora – Pero Salta, cómo te voy a cobrar por eso, vos sos mi amiga...

Salta – Cuentas claras conservan la amistad.

Nora – Bueno, muy bien. El precio es...ciento sesenta.

Salta – Haceme la factura.

Nora – No tengo, facturas.

Salta – Qué usás, ¿timbres profesionales?

Nora – No, Salta. Esto no es algo a lo que yo me dedique habitualmente. Estoy haciendo una excepción, porque vos insististe...

Salta – No tiene nada que ver. No podés evadir impuestos. Qué crédito puedo dar a tus palabras, si hacés eso.

Nora – No jodas, Salta. Esto no tiene valor oficial. Es una conversación entre amigas.

26

(Entra Atlas)

Atlas – ¿Y yo puedo participar?

Salta – ¡Atlas! Pero ¿dónde te habías metido? ¡Arón te estuvo buscando por toda la casa!

Atlas – Es que no estaba en la casa. Cuando nos bajamos del ómnibus, ¿te acordás?, me vino un ataque de hambre y me metí en la parrillada nueva que pusieron ahí. No te dije nada y te dejé seguir caminando sola porque pensé que te iba a poder alcanzar enseguida, pero cuando empecé a ver los chinchulines, las mollejas, los chorizos... no sé, entre una cosa y otra, me demoré.

Nora – Pero Atlas, ¿no me digas que ya comiste! Si yo estuve cocinando casi toda la tarde, para ustedes. Arón está poniendo la mesa y pensábamos empezar a cenar ni bien llegaras.

Atlas – Uy, es cierto... Me había olvidado de la invitación. Es que estaba tan entusiasmado con volver a verlos a ustedes que...no sé, venía pensando más bien en los temas de conversación que podíamos abordar...

Salta – A mí no me dijiste nada, Atlas, ¿qué tema de conversación pensabas abordar?

Atlas – No sé, no sé...de todos modos eso queda invalidado, porque si vamos a cenar, no tiene sentido que encaremos una conversación, ¿no? Sería de muy mal gusto estar hablando tanto con la boca llena.

Nora – Pero si vos ya cenaste podés hablar todo lo que quieras. Nosotros te escuchamos.

Atlas – No, no. Yo sé cómo solucionar esto. Ustedes hagan de cuenta que yo vine sin cenar. Olvídense de todo lo que dije de la parrillada. Nora, ¿puedo pasar al baño?

Salta – ¿Te sentís mal, Atlas? ¿Querés que te acompañe?

Atlas – No, no, vos quedate; es un segundo, nada más. (Se dirige al sector por donde se accede a la cocina y al baño).

Nora – Tomate tu tiempo.

Salta – (Sigue a Atlas) Pero cómo, un segundo. No entiendo qué es lo que querés hacer.

Atlas – (Cambia de rumbo, y se dirige hacia la salida que conduce a la puerta de calle). No, dejá, no importa, me arrepentí. Tengo que ir al quiosco a comprar un...una tarjeta para el celular, que se me terminó. Ya vengo.

Nora – (Va tras él) Te acompaño.

Atlas – (La detiene) No, gracias, Nora. Conozco el camino.

Salta – Yo voy contigo (se le acerca).

Atlas – Dejá, Salta, si voy a volver enseguida.

Nora – Está bien.

Salta – Pero yo también quiero comprar una tarjeta. ¿Viste que vienen con diseños distintos, todas? Vos comprás una y yo compro otra.

Atlas – Pero yo te traigo, con otro diseño, si querés. Qué querés que tenga dibujado, ¿un patito? ¿un osito? Yo te traigo.

Salta – Pero quiero elegirla yo, Atlas.

Atlas – Está bien. Andá vos. (Saca plata y se la da) Tomá la plata. Yo me quedo, así vamos adelantando los preparativos para la cena.

Nora – Pero mirá que no venden, tarjetas, por acá.

Salta – ¿No? Si yo una vez compré...

Atlas – No te preocupes. Yo voy a averiguar. Si venden, te traigo una. (Va hacia la salida).

Salta – Pero...

Atlas – Ya vengo. No tardo. (Se va).

27

Salta – (Hacia donde se fue Atlas) ¡Traeme un alfajor, también! (A Nora) Bah, no sé por qué se lo pido, si igual después no voy a poder retenerlo.

Nora – ¿Pensás que Atlas se te va a ir? ¿qué no va a volver?

Salta – Atlas no; te estoy hablando del alfajor.

28

(Entra Arón)

Arón – En la cocina no está, tampoco.

Nora – Quién, ¿Atlas? No lo busques más. Estuvo acá, recién.

Salta – Sí, salió a hacer un mandado.

Arón – Fue a buscar la bebida.

Nora – ¡Uy, no! Me olvidé de avisarle.

Arón – Bueno, no importa. De todos modos, mi amor, sabés que...estuve viendo lo que cocinaste y...seguramente es muy rico, todo, pero yo no me voy a quedar a cenar porque...acabo de pesarme y...no sé si esa balanza está mal o si realmente tengo sobrepeso.

Salta – ¿Tienen balanza? ¡Qué bueno! ¿No me permitirían usarla? Porque la de casa estaba ocupada, y hoy no me pude pesar.

Arón – Si querés usala, pero no te confíes mucho de lo que te diga; puede ser que no esté funcionando bien.

Nora – Sí, o que Trébor le haya metido mano.

Arón – Qué querés decir.

Nora – Y... vos sabés cómo son los chiquilines... De repente nos quiso hacer una broma, y regular la balanza de manera que parezca que estamos más gordos, o más flacos... ¿Tus hijos no te hacen cosas así, a veces, Salta?

Salta – Creo que no, pero no sé...tal vez tendría que vigilarlos más, o ...

29

(Entra Atlas, restregándose alegremente las manos)

Atlas – ¡Bueno, muy bien! Ya está. Ahora me siento como si no hubiera comido en cuatro días. ¿Está lista, la cena?

Arón – (Dedica una guiñada cómplice a Nora y a Salta) Sí, pero llegaste tarde, Atlas. Ya nos comimos todo.

Salta – ¿En serio? ¡Yo no los vi! No entiendo, ¿cómo pudieron hacerlo? Nora, vos estuviste todo el tiempo acá, y yo te estaba mirando...

Nora – (La interrumpe) No seas boba, Salta, es una broma de Arón. ¡Si todavía ni pusimos la mesa! Arón, ¿ya preparaste todo?

Arón – Sí, creo que sí. No sé. Fijate.

Nora – Bueno, yo voy a servir la comida, y enseguida toco la campana para que vengan a sentarse (se encamina hacia la cocina).

Atlas – (Cantando a viva voz) ¡Suena la campana, din, don dan! (Va tras Nora) ¡Qué bueno! Yo te voy a ayudar, así se me abre el apetito.

30

Arón – (Detiene a Atlas, mientras Nora sale de escena) ¿Estás inapetente? No te hagas problema; si querés postergamos la cena para otro día. No es cuestión de que coman por cumplido.

Salta – ¡No es ningún cumplido! Nosotros en ese aspecto somos siempre muy francos. Si querés que vengamos a comer otro día, venimos con todo gusto, pero no tenemos por qué suspender lo de hoy.

Atlas – ¡Claro! A nosotros no nos gusta mucho cocinar. Yo creo que combinando bien los horarios, hasta podríamos venir a comer acá todos los días.

Arón – Es una buena idea, pero no tiene aplicación práctica. Yo cuando estoy en casa generalmente tengo la cabeza en otra cosa, y Nora hay veces que da clases todo el día y no vuelve hasta las cinco o seis de la

- mañana. Porque para aflojar tensiones, después de dar clase, se va a bailar.
- Salta – ¿Y no nos pueden dar copia de la llave de acá? O si no, igual, nos llaman por teléfono cuando Nora está por llegar. A mí no me importa la hora. Atlas, ¿me trajiste la tarjeta?
- Atlas – (De mal talante) Qué tarjeta. Yo te había dado efectivo, hoy. ¿Ya te lo gastaste?
- Salta – (De talante peor) La tarjeta del celular, te digo. ¿No saliste a comprar una tarjeta?
- Arón – Bueno, che, no discutan así. Esto es una cena de camaradería.
- Salta – Bueno, sí, nosotros ponemos la camaradería, pero vos poné la cena.
- Arón – (Fastidiado) Sí, ya va, ya va. (Hacia la cocina) ¡Nora! Qué pasa con la comida, ¿sale o no sale? Hay hambre en el cuadro.
- Atlas – Yo, si ustedes me permiten, voy a ir a la cocina a picar algo, aunque sea.
- Salta – (Lo detiene) ¡Atlas, no hagas papelones, comportate, tené un poco de paciencia!
- Atlas – (Desaforado) ¿Paciencia, me estás pidiendo? ¡¡Pero cuánto más querés que espere!! ¿No esperé bastante, ya?
- Salta – (A los gritos) ¡Pero por favor, conservá la compostura!
- Arón – (Tratando de hacerlos callar) Bueno... (bate palmas).
- Atlas – ¡Qué compostura! ¡Des-compostura, me está dando, esta situación! Tengo que ir al baño. (Camina apresuradamente).
- Arón – (Lo agarra) ¡Basta! Vamos a calmarnos, ¿sí? Se sientan los dos acá, tranquilitos (sienta a Atlas y Salta en las sillas).

31

(Entra Nora)

- Nora – ¡Arón! ¡¿Qué hiciste?!
Arón – Cuándo.
Nora – ¡La comida! No la veo por ningún lado. ¡Te la comiste toda!
Salta – ¡¿Qué?!
Atlas – ¿Es cierto, Arón?
Arón – Si es cierto qué. No entiendo. ¿Es un chiste?
Nora – No, qué chiste. A menos que hayas escondido la comida.

Salta – Y cuál sería el chiste, entonces. (Comprendiendo de pronto) ¡Ah, sí!
(Ríe) ¡Sabiedo el hambre que tenemos todos, hacernos creer que vos te habías comido la comida!

Atlas – ¿Es eso, Arón?

Arón – ¡No, carajo, no! ¡No escondí la comida, ni tampoco me la comí! Qué tengo que hacer para que me crean, ¿inducirme vómitos?

Nora – ¡Arón, no seas asqueroso!

Atlas – (A Nora) Y qué proponés, ¿tenés alguna idea mejor?

Salta – Mejor que cuál, ¿que la de Arón?

Nora – Arón, dejate de juegos malabares y traenos esa comida.

Arón – Qué te creés que soy, ¿mago? No puedo hacer aparecer una comida que no existe.

Nora – Qué decís, idiota, si estuve toda la tarde amasando.

Salta – Qué hiciste, ¿un pastel?

Arón – Y vos cómo sabés, ¿lo viste? ¿Fuiste vos, que te lo agarraste?

Salta – ¡No!

Atlas – ¡Y quién fue, entonces! Che, parece mentira. A quién tenemos que llamar, para que investigue lo que pasó, ¿a doña Petrona?

Salta – Nora, de qué era, ese pastel.

Atlas – Qué tiene que ver, de qué era.

Salta – Por algún lado tenemos que empezar.

Atlas – A mí me gustan los bordes.

Nora – Arón, yo sé que fuiste vos. (Se le acerca y lo huele). (Señalándole la boca con un dedo) Además, te lavaste los dientes para que no se te notara el aliento a zapallitos.

Arón – ¡Si no era, de zapallitos, el pastel!

Nora – Ah, ¿viste? Te agarré. Fuiste vos.

Arón – No.

Atlas – Agarralo, Nora.

Arón – ¡No! ¡Basta! Están escupiendo afuera del tarro.

Salta – Y bueno, dónde está, el tarro. Decinos.

Nora – Para qué; qué querés hacer.

Arón – Chanchadas no, ¿eh?

Atlas – (A Nora) Dejá, Nora, no le hagas caso a Salta, que...(Suenan el celular de Atlas). Un segundo. Disculpen. (Atiende) ¿Hola?

Salta – Quién es.

Atlas – (A Salta) Shhht. (Al teléfono) ¿Qué? ¿En serio? ¡Qué buena noticia!

Nora – ¡Genial!

Arón – Qué pasó.

Atlas – (A Nora) Shhh. Déjenme escuchar.

Salta – (A Atlas) ¿Van a traer la comida?
Atlas – Callate, imbécil. Es Nikita. Dice que acaban de traer a casa las radiografías de estómago, que habías encargado. ¿Vos habías encargado radiografías de estómago?
Salta – Pero cómo, las trajeron a casa. Quién las trajo.
Atlas – No sé, el muchacho del *delivery*.
Salta – Dejame hablar con Nikita.
Arón – Sí, después pásamela a mí.
Atlas – (Mientras Salta espera que él le pase el teléfono) Te va a hablar mamá, Nikita, ¿sabés?
Nora – (A Arón) Qué tenés que hablar, vos, con Nikita.
(Arón se encoge de hombros, desestimando la pregunta).
Salta – (A Atlas) Dale, pasame.
Atlas – (A Salta) Shhht. (Al teléfono) Y no te vayas a descuidar, ¿eh? Vigíame bien a Boris.
Arón – (A Atlas) Por qué. Qué hizo.
Nora – Arón, respondeme: qué tenés que hablar con Nikita.
Salta – (A Atlas) Largá ese teléfono, Atlas.
Atlas – (Al teléfono) ¿Cómo, perdón?
Arón – (A Nora) Es la hija de mis amigos, Nora. Soy como un tío, para ella, y es natural que de vez en cuando le hable para saber cómo está.
Atlas – (A Arón) ¿Pueden bajar la voz, que no oigo lo que me dice mi hija?
Salta – Qué hija ni hija, dame ese teléfono.
Nora – Para saber cómo está no necesitás hablar con ella. Se lo podés preguntar a Atlas y Salta, que son sus padres.
Arón – Qué padres ni padres. Los padres nunca saben nada.
Atlas – (A Arón) De qué. Qué es lo que hay que saber.
Salta – (A Atlas, que esquivo sus intentos de hacerse del teléfono) ¡Pero carajo! ¿Me vas a pasar ese tubo?
Nora – Arón, te hice una pregunta.
Atlas – (A Salta) Qué tubo ni tubo. ¿No tenés un celular, vos? ¡Por qué no lo usás!
Salta – Si no me compraste tarjeta, idiota.
Arón – (A Atlas, tratando él también de asir el celular) Prestame.
Atlas – (Apartándose) Noooo.
Nora – (A Atlas) Dame ese teléfono. Quiero saber de qué habla Nikita con mi esposo.
Salta – (A Nora) Qué esposo ni esposo, si ustedes son divorciados.
Atlas – (A Salta) Quién te dijo eso.

Arón – (A Arón) ¿Me vas a dejar hablar? Nikita me pidió consejo y yo, como buen amigo, se lo quiero dar.

Nora – Qué amigo ni buen amigo, ¿no dijiste que eras el tío?

Salta – (A Arón, empujándolo) Qué tío ni tío. Qué cuento del tío le hiciste a mi hija, ¿eh?

Atlas – (Al teléfono) Nikita, mi amor, esperá que te llamo después, ¿sí?

Arón – ¡No, no cortes!

Nora – Pero Arón, ¡te desconozco!

Salta – ¡Atlas, aunque sea preguntale qué hay en las radiografías!

Atlas – Nada. No hay nada en las radiografías.

Arón – Qué, ¿no salieron?

Atlas – Sí, pero no hay nada. Dicen que el estómago está vacío. Que si hubo algo, ahí, en algún momento, ahora ya no está.

Salta – Y dónde está.

Atlas – Y yo qué sé.

Nora – (Para sí) Uy, tengo que tomar mi pastilla. (Se aparta y busca las pastillas).

Arón – (Al teléfono, que logra arrebatarse a Atlas) Nikita, Nikita, ¿estás ahí? ¿estás en línea?

Atlas – (A Arón) Dame eso.

Nora – (Para sí) Pero con el estómago vacío no puedo. (Busca en su cartera algo para comer, y encuentra una fruta o un paquete de galletas).

Salta – (A Arón) No, a mí, dámelo.

Atlas – (Repara en el alimento que Nora se dispone a ingerir) ¡Vos! ¡Dame eso!

Arón – (Al teléfono) Nikita, escuchame.

Nora – (A Atlas) ¿Qué?

Salta – (A Arón) No, a mí, que me escuche.

Atlas – (Acercándose a Nora) Dale, Nora, tenés que compartir.

Nora – Dejame en paz.

Arón – (Al teléfono) Nikita, no, no podés hacer eso con la comida.

Atlas – ¿Eh? (A Arón) ¿Qué comida?

Salta – ¡Nora! Qué estás haciendo.

Nora – (Buscando en su cartera) Dónde están mis pastillas...

Arón – (A Atlas) Shhht. (Al teléfono) No, Nikita, haceme caso. Respirá hondo. No pienses en lo que comiste. Pensá en alguna experiencia placentera que hayas tenido hace poco.

Atlas – Arón, dame eso.

Nora – ¿Eh? (A Arón) ¿Qué experiencia placentera?

Salta – Nora, dame un poquito.

Atlas – (Arrebata el teléfono a Arón) ¡Nikita! ¡Hola! ¿Estás comiendo?

Nora – (Empuja a Arón) ¿Me contestás, por favor?

Arón – (A Nora) ¡No, no estoy comiendo!

32

(Entra Robert, con un paquete)

Robert – Permiso...

Salta – Y éste quién es.

Robert – (Enérgico) De la pizzería, soy. Y no me digan que no hicieron ningún pedido porque en la pizzería pusimos un captor de llamadas, ahora, y el número de esta casa figura entre las llamadas que se recibieron.

Atlas – Pero yo llamé desde mi celular, no desde el teléfono de esta casa.

Arón – Eso no importa, Atlas. Lo importante es que este muchacho trajo la comida. (A Robert) Dale, dame el paquete.

Robert – No, viejo, esta vez primero tienen que pagar. Si no no les doy nada. Ya van dos pedidos, que me curran acá, en el día de hoy, y no me va a alcanzar el jornal, para cubrirlos.

Nora y Salta – (Al unísono) ¿Y la propina?

Robert – La propina también, me la tienen que dar por adelantado. Y me tienen que pagar doble por ser trabajo insalubre, éste. Tendría que haber venido con botas y escafandra, para pasar por ese charco de vómito que ocupa toda la vereda, ahí afuera.

Atlas y Arón – (Al unísono) Qué charco.

Robert – Ya llamé a los bomberos, para que vengan a limpiar. Bueno, ¿me pagan esta pizza, o no me la pagan?

Nora y Salta – (Al unísono) De qué es.

Robert – A ver... (mira el interior del paquete) De salmón.

Atlas y Arón – (Al unísono, y haciendo los dos el mismo gesto, con la mano extendida, moviendo solidariamente todos los dedos, con excepción del pulgar, hacia adentro) Traiga p'acá.

Robert – No; primero la pagan. Si no, me voy.

Nora y Salta – (Al unísono) Y cuánto es.

Robert – Uy, no traje la cuenta. Esperenmé. Ya vuelvo. (Empieza a salir).

Atlas y Arón – (Al unísono, yendo hacia Robert) Voy con vos.

Nora y Salta – (Al unísono, yendo hacia Atlas y Arón) Yo también.

Atlas y Arón – (Al unísono, volviéndose hacia Nora y Salta) Pará. Dame plata.

Nora y Salta – (Al unísono, y apartando a Atlas y Arón) ¡Salí, no ves que se escapa el muchacho!

33

Atlas y Arón – (Volviéndose hacia Robert, que ya se fue) (Al unísono, y ambos con idéntico gesto) ¡Ey!

Nora y Salta – (Al unísono, volviéndose hacia Atlas y Arón) ¡No precisa ir a la pizzería, podemos llamar para que manden a otro con la cuenta!

Atlas y Arón – (Al unísono) Sí. Le voy a decir. (Salen).

34

Nora y Salta – (Al unísono) ¡Sí, rápido! (Se separan, caminando nerviosamente en distintas direcciones. De pronto se miran como para hablarse, y efectivamente lo hacen, pero diciéndose exactamente lo mismo y al mismo tiempo) Yo no sé, che, ponerse a comer pizzas a esta hora de la noche... (Con un disimulado ademán de fastidio de cada una por haber hablado inútilmente, ya que la otra dijo lo mismo, vuelven a caminar en distintas direcciones, hasta que vuelven a detenerse para mirarse y hablarse de igual modo que en su alocución anterior) ¿Y si llamamos para pedir empanadas?

35

(Entran Atlas y Arón, trayendo a la fuerza a Robert)

Atlas – ¡Entrá, dale!

Arón – ¡Inmoral! ¡Corrupto!

Robert – (Tratando de protegerse de los embates de los otros dos) ¡Basta, no me pueden tratar así!

Atlas – ¿Ah, no?

Salta – ¡Qué pasa!

Nora – ¿Qué hizo?

- Atlas – ¿Qué hizo? ¡Estaba en la vereda comiéndose nuestras pizzas, este descarado!
- Robert – ¡No me denuncien, por favor! ¡Si no, me van a echar! ¡Ya hubo quejas de otros clientes!
- Arón – De quiénes. Quiero nombres, apellidos y direcciones.
- Salta – Atlas, préstame el teléfono. A éste hay que quemarlo bien.
- Robert – ¡No! ¡Ya tuve problemas la semana pasada! Quisieron sacarme de circulación. Trataron de internarme en una clínica, pero no pudieron. El dueño de la pizzería me puso un buen abogado, y él demostró que yo no era culpable. Consiguió que me declararan inimputable por razones de locura.
- Nora – Pero por qué, qué habías hecho.
- Robert – Cuándo.
- Salta – ¡De qué te acusaron, infanto juvenil!
- Robert – De qué me acusó quién. No entiendo.
- Nora – Ya sé lo que hiciste vos: vomitaste en una de las cajas de pizza que tenías que entregar, ¿no? Entregaste pizza vomitada.
- Robert – ¡No! La pizza estaba en mal estado, pero no era culpa mía. Son alimentos perecederos. No se pueden mantener frescos tanto tiempo.
- Atlas – ¿Y por qué no se la dan a los pobres?
- Robert – No, pobres.
- Atlas – Qué marca de muzzarella usan, ¿Parmalat?
- Arón – Callate, vos, ¡qué tenés que pasar el chivo!
- Salta – ¡Qué chivo! ¡Largar, el chivo, me van a hacer! ¡Basta de hablar de la pizza de otra gente! ¡Qué es esto, ¿una reunión de Green Peace?! (A Robert) ¡Vos! ¡Traé de una vez nuestra pizza, o te hago echar!
- Robert – ¡Ah, sí, siempre las denuncias me las tengo que comer yo, sin comerla ni beberla!
- Arón – (Se acerca y lo empuja) Cómo, sin comerla, ¿no te la acabás de comer, vos?
- Nora – (Se acerca y empuja a Arón) ¿Y vos? ¿No te comiste mi pastel?
- Atlas – (Se acerca a Nora y la empuja) ¡Cómo tu pastel! ¡Si era de todos!
- Salta – (Se acerca a Atlas y lo empuja) ¡Cómo de todos! ¿Te volviste comunista, Atlas?

- Trébor – ¡Arriba las manos todo el mundo! ¡Y que les pueda ver la boca!
- Nora – ¡Trébor!
- Robert – Qué pasa.
- Trébor – ¿No me oyeron? ¡Arriba las manos! ¡Y cuerpo a tierra! ¡Todos!
- Salta – Pero qué cuerpo a tierra, ¡si está sucio, acá! (Señala el vómito).
- Trébor – ¡Sí, no sólo acá! ¡La cuadra entera está cubierta de vómito! ¡Por eso están todos arrestados! ¡Vamos, marchando!
- Robert – ¿Yo también?
- Arón – Pero Trébor, calmate, ¡qué estás haciendo!
- Trébor – ¡Estoy haciendo lo que vos me dijiste! ¿No me dijiste que estudiara servicio social? Con este uniforme le presto el mejor servicio a la sociedad. ¡Vamos! (A Robert) ¡Sí, vos también! (Lo esposa, y con un brazo, va haciendo el gesto de que los demás lo sigan; los otros se echan constantemente un poco hacia adelante, como respondiendo al impulso de obedecer la orden de Trébor, pero siempre se refrenan).
- Nora – Pero Trébor, ¡qué van a decir los vecinos!
- Salta – (A Nora) Qué. Qué van a decir.
- Atlas – Van a decir la verdad: ¡que parece mentira!
- Arón – Trébor, tenemos que arreglar esto de otra manera. La ropa sucia se lava en casa.
- Trébor – Si lo sabré yo, que siempre me tuve que limpiar el vómito de ustedes.
- Nora – Trébor, terminala.
- Trébor – No, mamá. Esto es sólo el comienzo. Los seres civilizados, para marcar territorio, van a la dirección de catastro. No marcan territorio con el vómito, como hacen ustedes. Y es tiempo de que aprendan la lección. ¡Marchando! (Va empujando a Nora y Arón hacia la salida) ¡Vamos! ¡March!
- Robert – (Aunque es un detenido, por estar esposado a Trébor, se solidariza con la actitud de éste) ¡Izquier! ¡Derech!
- Atlas y Salta – (Escapando de Trébor, se hincan de frente al público y, los brazos al cielo, dicen al unísono) ¡Oh, Dios! ¡No permitas que el guiso carcelario fagocite nuestro humilde apetito mancillado! ¡Y si lo haces, déjanos regurgitarlo, dejando en la garganta la luz verde que despeje ’ el camino a los manjares que depare el porvenir!
- Trébor – (Arrastrando siempre a Robert, al que lleva esposado) (A Atlas y Salta, obligándolos a salir) ¡Vamos, que el subteniente Boris va a estar encantado de interrogarlos a ustedes también!
- Robert – ¡Va! ¡Va! (Pronuncia esto como apócope de “vamos”).
(Mientras Trébor se lleva, con Robert, a Atlas y Salta, y los saca de escena, se ve caer desde los cielos el vómito de Dios, como respuesta

a la plegaria elevada. Y entre protestas y gritos de todos los detenidos, se destacan las alocuciones que siguen).

La voz de Arón – ¡Trébor, no me podés hacer esto, soy un padre de familia!

La voz de Nora – ¡Mis pastillas! ¡Me estoy dejando mis pastillas!

La voz de Salta – ¡Oficial, ella no paga impuestos!

FIN